

Apuntes sobre las nuevas religiones en Japón. Política y sociedad.

Pedro Monzon Barata

Cuba

El pueblo de Japón no se caracteriza por la devoción religiosa. Numerosas encuestas lo indican así pero, mas que ello, el comportamiento cotidiano japonés demuestra que se asumen rituales religiosos ocasionales no como parte de un culto legítimo, sino como convenciones, necesidades culturales y sociales y supersticiones, sin pretensiones de nexos con la divinidad. Sin embargo, aún así, resulta interesante el estudio del fenómeno característico de las nuevas religiones porque su desarrollo parece tener un significado especial en dos sentidos:

Ha suministrado alternativas de cohesión, identidad, seguridad y esperanza para algunos millones de personas afectadas por la forma particular en que han incidido sobre Japón los procesos de enajenación de la sociedad capitalista moderna, necesidades que ya no podían satisfacer las religiones tradicionales.

Para el país en su conjunto también ha tenido un gran significado al representar también una fuente de motivos sociales y políticos relevantes que han apuntado en direcciones que van desde un protagonismo político activo y relevante, como es el caso de Soka Gakkai, hasta posiciones de extrema agresividad social con encubiertos móviles también políticos, como en el caso de Aum Shinrikyo.

La esencia misma de lo que reconoceríamos como religiosidad japonesa es en última instancia fruto de la supervivencia de antiguas nociones cosmológicas muy arraigadas a la más primitiva organización social de este pueblo, y de la entrada en oleadas superpuestas de diferentes religiones desde otros países que han sido asimiladas en el transcurso de los años.

Las características más destacadas de la conducta religiosa aborigen del pueblo japonés pueden describirse atendiendo a los siguientes rasgos fundamentales:

- La omnipresencia del marco natural, debido a una marcada insularidad, que hizo de este archipiélago un único mundo posible, donde numerosos *kamis* o deidades viven en una relación íntima con el hombre y la naturaleza;
- El disfrute de esa vida terrenal de alto contenido estético sin que se abriguen esperanzas en un mundo en el mas allá;
- La existencia de numerosas escrituras religiosas en lugar de un único libro sagrado;
- El énfasis en el impulso por liberarse de las impurezas rituales y no en los pecados o el temor a la desobediencia al dios;
- La inexistencia de oraciones y cultos regulares organizados y, en su lugar, una conducta religiosa cotidiana insertada en lo más profundo de la cultura que incluye la celebración de

muchos festivales estructurados según estaciones (que han girado alrededor de la agricultura del arroz principalmente y la veneración de las fuerzas de la naturaleza), la ceremonia del té, el ikebana, y otros más.;

- La capacidad del ciudadano para profesar más de una religión o tradición religiosa sin contradicciones de ningún tipo (se repite muchas veces que un japonés se casa por el Shinto, vive según la moral confuciana, y muere en medio de rituales budistas);
- El vínculo de los códigos éticos con el papel de la familia y los ancestros;
- Y, por último, el nexo tendencioso entre religión y poder político.

Efectivamente la conformación histórica de la religión de este pueblo fue afectada por oleadas de influencias exteriores, recibidas a partir de una muy característica actitud inclusivista, pero a partir de una forma particular de elaboración en lo que actuaron poderosos agentes transformadores derivados de la acción de una conducta tradicional sumergida en esas sólidas concepciones cosmológicas primitivas. Hubo, en fin, un franco proceso de asimilación y transformación, tal y como como sucedió históricamente en prácticamente todas las esferas dentro de las cuales Japón sostuvo intercambios con el exterior. Esta armonía se explica asimismo por el hecho de que nunca las religiones provenientes de otros países de Asia agredieron decisivamente a la cosmología nacional; al contrario se incorporaron naturalmente a un proceso que condujo al sincretismo. En el caso del cristianismo occidental han sido precisamente las tendencias individualistas y excluyentes la explicación de la incapacidad de esta religión para participar de esta naturalización al estilo oriental.

Las influencias exteriores más importantes arribaron primero desde China: En los siglos V y VI, el confucianismo, el taoísmo y el budismo trajeron junto a sí las concepciones del karma y la reencarnación, así como un concepto definido de organización social y moralidad.

En los primeros momentos las nuevas corrientes religiosas se mantuvieron casi puras, lo que explica el surgimiento del periodo Nara en el siglo VIII, con una clara presencia de los sistemas chinos. Sin embargo, ya en el llamado período Heian (entre los siglos IX al XII), comenzó a manifestarse de forma definida un momento importante en la asimilación de estas religiones importadas y apareció una especie de división de funciones: la moral pública y privada la asumió el confucianismo y las cuestiones metafísicas el budismo.

El sintoísmo (Camino de los Dioses), por su parte, se contrapuso al budismo dominante y llegó a dominar entonces los cultos nacionales y de la comunidad, al compilar y consolidar, con las crónicas del Kojiki y el Nihon Shoki, las creencias aborígenes japonesas. Pero esta *especialización* no evitó que las fuerzas sincretizadoras provocaran en la misma base de esta sociedad una convivencia del Kami y el Buda con las primitivas prácticas mágicas y de adivinación. Es precisamente a este nivel donde se estructuró el más bien difuso Shinto sectario, mientras que en la cima se estableció una síntesis entre poder y religión sintoísta que de ahora en adelante va a tener un peso importante en el comportamiento religioso y político de este país.

Los traumas causados por las penetraciones y dominio mongol en China y el intento de invasión mongola a Japón en el siglo XIII dan lugar a la aparición de otro momento en el proceso de asimilación religiosa al producirse una reacción nacionalista que cataliza la consolidación de un budismo japonés con el surgimiento de escuelas propias, como las de las sectas Nichiren, Amida, y el Zen japonés.

La oleada cultural y religiosa de occidente llegó desde Europa. Los portugueses fueron los primeros. En el siglo XVI incursionó el catolicismo con el célebre Francisco Xavier y rápidamente evolucionó en la forma de vehículo para recibir información tecnológica y general de occidente y en suministrador de una plataforma ideológica para los clanes feudales que se oponían al poder del budismo dominante; ello explica la rebelión católica de 1637 en Kyushu, la consiguiente represión del cristianismo y el aislamiento casi completo del país o sakoku.

El sangriento proceso de unificación guerrera de Japón (durante el período Sengoku, que culmina con la centralizada sociedad Tokugawa) llevó a una sociedad muy jerarquizada donde se consolidó el Bushido, sistema de ideas morales del guerrero; y el budismo se convirtió en el recurso ideológico del Estado. El pueblo común profesaba ya entonces una mezcla de religiones que integraban al Sintoísmo, el Budismo y el Taoísmo.

A mediados del siglo XIX, con la reapertura de Japón por la fuerza de los barcos negros se inició un reencuentro muy traumático con Occidente. Penetró con rapidez una fuerte influencia occidental con los valores del capitalismo y el liberalismo reinante y se produjo un nuevo alejamiento de lo tradicional. Junto a este proceso hubo una tímida reinstalación del cristianismo que, en poco tiempo, fue afectada por una regresión espontánea.

Sin embargo, el inicio del capitalismo en Japón con la Restauración Meiji en 1868, que de inmediato y por su propia esencia se transformó en un desbordante y agresivo imperialismo, pronto tomó forma en el plano ideológico con el regreso y reforzamiento de las tradiciones sintoístas en la forma de religión de Estado. El Emperador se convirtió en recipiente del Kokutai, esencia y destino de la nación. Esta iba a ser la sustancia cohesionante que ofreció la dirección y sentido que necesitaba el pujante imperialismo japonés. Mientras el sintoísmo sectario sobrevivió en la base, el sintoísmo estatal se consolidó como culto etnocéntrico y patriótico que se difundió con un activo y centralizado uso de la educación.

Con el fin de la era Meiji, el relajamiento de propósitos y el predominio de inclinaciones *democratizadoras* de la época Taisho resultaron en una desviación sólo contingente de estos patrones o tendencias esenciales del capitalismo japonés. Ya en la década del 30, recta final que lleva a la Segunda Guerra Mundial, hay un fuerte regreso a las tradiciones y a posiciones centralizadas que desembocaron en un anti occidentalismo feroz.

Este proceso continuo de asimilación y cambio pone en cuestión el concepto mismo de nueva religión y denuncia su carácter relativo. De hecho la religión en Japón ha estado sometida históricamente a un intercambio activo con el exterior y fuertes influencias provocadas por los sucesivos cambios económicos, políticos y sociales sucedidos en el interior del país y en sus relaciones con el exterior. En diferentes etapas del desarrollo

nacional pueden reconocerse movimientos religiosos que, aunque arraigados a la cosmogonía nacional y a las religiones tradicionales, y atados ellos mismos entre sí trazando una línea continua de desarrollo, suponen momentos importantes de renovación. En busca de la génesis de los procesos contemporáneos, ya desde finales del periodo Tokugawa en el siglo XIX pueden apreciarse movimientos conectados con el decursar posterior, consecuencia sin dudas del desarrollo del comercio y la creación de grietas en la centralizada política nacional y sus estructuras sociales estamentales; ello explica el surgimiento de nuevas religiones fundacionales como Tenrikyo y Konkokyo. Vuelven las circunstancias a generar fenómenos similares con la Restauración Meiji, la era de la llamada Democracia Taisho y el devenir posterior de una historia llena de acontecimientos críticos hasta la Segunda Guerra Mundial, luego con la derrota y finalmente como resultado de las tensiones económicas sociales y políticas de las décadas del 70 y el 90.

A partir del triunfo de la Restauración Meiji, la sociedad japonesa atravesó un proceso de rápido desarrollo económico y modernización. La irrupción del capitalismo occidental en el país precipitó el proceso de desarrollo capitalista en la misma medida en que representó una forma de humillación nacional y una agresión a las concepciones sociales y políticas tradicionales más arraigadas. Fue un periodo de drástico cambio. Se reestructuró la economía al pasar progresivamente la agricultura a segundos planos y crecer las ciudades, lo que impulsó a los ciudadanos a romper los lazos comunales y perder la seguridad que de ellos siempre se había derivado.

El desarrollo del capitalismo japonés aunque en sus inicios fuertemente amenazado por la subordinación colonial tuvo, sin embargo, desde el principio un carácter expansionista y agresivo que llevó al país a sucesivas aventuras militares que culminaron con la derrota en la Segunda Guerra Mundial.

Los traumas infligidos por los intensos y diversos cambios de la sociedad japonesa que se produjeron en esta etapa tuvieron consecuencias visibles sobre el pensamiento y la acción del pueblo japonés y de hecho sobre sus concepciones cosmológicas y conducta religiosa que condujeron a la búsqueda de nuevas metas, factores de seguridad, y atributos o símbolos de una identidad modificada. El Shinto y el Budismo, religiones predominantes que habían sido asimiladas y adaptadas en el marco de las tradiciones de una antigua sociedad, eminentemente agraria, comunal y naturalista, comenzaron a sufrir el desgaste del rápido crecimiento industrial y los desgarramientos de la urbanización.

Religiones como Tenrikyo fueron reconocidas y se fortalecieron para representar las posiciones de descontento, antigubernamentales y xenófobas del pueblo. Entre 1868 y la derrota en la Segunda Guerra Mundial, surgieron otros nuevos movimientos religiosos influidos o estructurados sobre la base de las religiones populares aborígenes, como Kurozumikyō y Omotokyo y la propia organización budista que da origen a Soka Gakkai después de la Guerra, pero las necesidades del impetuoso desarrollo económico capitalista y los procesos políticos centralizadores predominantes llevaron a su represión con el fin de desmovilizar toda oposición y conformar una ideología única capaz de contener los impulsos sociales centrífugos derivados de la alteración del status quo provocados por los profundos cambios internos, y respaldar el esfuerzo militar expansionista en la arena internacional. La aparición entonces del Sintoísmo Estatal como ideología aglutinante del

individuo y la familia alrededor del Estado debe verse también como una reinterpretación cualitativa de la relación religión-política-sociedad ante las nuevas condiciones, una fórmula de identidad, como una reconcepción oficial de la religión y una respuesta al reto que representó el capitalismo para Japón.

Estas fueron las características del proceso histórico que llevó a la Segunda Guerra Mundial y al fracaso de Japón.

La forma en que finalizó la Guerra para Japón representó un nuevo momento en este proceso de evolución de las ideas y movimientos religiosos. A partir de entonces lo que sucede en lo que a desarrollo económico, político y social se refiere y en el terreno religioso, puede dividirse en dos fases: desde la terminación de la guerra hasta finales de la década del 60 y de ahí a nuestros días.

Después de la guerra hubo otra oleada de poderosa influencia foránea occidental que circuló sobre todo desde y a través de los EEUU, país con el que Japón estableció una gran dependencia a partir de la Ocupación, primera ocasión en la historia en la que este país experimentó la invasión de su propio suelo por una nación extranjera.

Es cierto que el Sintoísmo sobrevivió este periodo a través de la subsistencia de numerosos templos y de los festivales y rituales populares, pero dejó de tener el apoyo vital del Estado. El cristianismo se reestimuló inicialmente para pronto volver a deprimirse y el budismo, por su parte, creció, pero nunca con el floreciente poder de otras épocas.

Pero los cambios fueron mucho más allá. La Ocupación introdujo el fuerte trauma de la disolución del imperio, muchas reformas dirigidas de facto contra los valores tradicionales japoneses y la religión centrada en el Emperador; implantó la libertad religiosa; atacó aquellos símbolos e ideas vigentes que se habían manipulado centralmente para ofrecer esperanzas al pueblo de un destino definido y una vida segura, y desarmó los controles centralizadores. A partir de ese momento de la historia de Japón se produjeron cambios trascendentales en todos los terrenos: el esfuerzo de reconstrucción y el reinicio del crecimiento económico en una economía casi anulada por la guerra; la alineación política y militar en la Guerra Fría sobre los pilares del Tratado de Seguridad con los EEUU y el consiguiente apadrinamiento norteamericano al proteccionismo económico japonés con una incidencia tanto sobre la economía como en la conducta y conciencia política del país. Fue un periodo de desarraigo progresivo en el que se erosionó gradualmente el sistema tradicional de familia, célula básica y cohesionante de la sociedad tradicional, e ideas de izquierda y democratizadoras comenzaron a otorgar significación y sentido a los movimientos populares que se desataron sobre todo en relación con temas internacionales como el Tratado de Seguridad. Es en este periodo que surgen, resurgen o se fortalecen grupos de nuevas religiones como la ecléctica Seicho no Ie, o las derivadas del políticamente militante y nacionalista budismo Nichiren, estas son Soka Gakkai, Rissho Koseikai y Reiyukai.

A partir de finales de los 60 y principios de los 70, con la cosecha de los resultados del llamado milagro japonés, se inició una etapa de nuevos cambios cualitativos generales caracterizados por la ubicación de la motivación económica en primer plano dentro del comportamiento social; el reforzamiento de los patrones laborales de intenso trabajo y casi

absoluta dependencia a la empresa; el consiguiente deterioro progresivo de los lazos familiares y, debido a ello, la mutua enajenación del hombre y la mujer en dos extremos cada vez mas alejados dentro de la familia. Agréguese a ello el uso cada vez mas intensivo de la tecnología y los sistemas modernos de organización industrial que han incidido sobre la explotación de la fuerza de trabajo, la dependencia creciente en la computación, y la fuerte competencia que caracteriza al sistema de educación que provoca fuertes tensiones y conduce a la marginación de los menos capaces. El incremento relativo de la delincuencia, el crimen, los divorcios y la indisciplina social lacras que se considera han sido importadas de occidente se suman al desconcierto que gana cada vez más espacio entre la población y líderes conservadores que añoran el pasado con nostalgia. En el plano internacional, los compromisos con la política de los Estados Unidos llegan a un clímax con la Guerra de Viet Nam y los conflictos comerciales sin precedentes que afloran en la segunda mitad de la década. De vital importancia fue la tremenda influencia de la crisis del petróleo, la desaceleración consiguiente del crecimiento económico y, más adelante, el propio auge de la carrera especulativa que se conoció como burbuja económica y fue sucedida por una prolongada recesión que se inicio después de su súbita explosión.

En el orden de las costumbres y de las ideas, la reacción de la sociedad en esta etapa se caracterizó por el progresivo alejamiento de las raíces tradicionales, mientras que los traumas producidos por los cambios y la propia calidad de vida predominante que descansa en un hombre estrictamente económico y consumista hicieron surgir la necesidad imperiosa de buscar satisfacciones espirituales que no puede suministrar la sociedad moderna. En el propio plano político se ha renovado frecuentemente el llamado del pasado; las sucesivas visitas al santuario de Yasukuni y esporádicas declaraciones de tinte nacionalista por importantes figuras del gobierno japonés, a pesar de que la constitución de postguerra establece la separación entre religión y estado, denuncian la persistencia de los nexos entre sintoísmo y tendencias nacionalistas, entre nacionalismo y recuperación de la tradición.

En todo el periodo surgieron o resurgieron con especial fuerza las nuevas religiones, muchas de las cuales tienen conexiones con la etapa de preguerra y el más remoto pasado y son una respuesta a la incertidumbre, el descontento, la disrupción de lazos comunales y familiares cimentados sobre las religiones populares aborígenes y la pérdida de identidad: todos fenómenos resultantes de la situación descrita anteriormente que ha instalado en Japón un modelo de vida cada vez más desprovisto de espiritualidad. Repito que es ante esta realidad social y económica que aparecieron estos brotes religiosos como una reacción nacional y popular cuyo fin ha sido ocupar los vacíos dejados por la tal situación y suministrar al pueblo japonés renovados recursos espirituales. De manera sintética y esquivando las necesarias diferencias entre ellas, las características generales de estos movimientos son:

La búsqueda de respuestas prácticas, sin las complicaciones doctrinarias o teológicas de las religiones tradicionales, a conflictos y adversidades terrenales, como las enfermedades y problemas familiares, mediante el misticismo, la adivinación, las soluciones mágicas, el ocultismo y a veces concepciones utópicas atractivas para las masas. Los remedios pueden ser un rayo curador, el agua, la repetición de un Mandala que purifica o de una palabra mágica reiterada como Halellujah. La vida en el mas allá adquiere una importancia secundaria.

Sin embargo, estas religiones a la par de ser soluciones nuevas a los problemas de la modernidad capitalista todas miran, a su vez, al pasado; están fuertemente atadas a lo autóctono, a la más antigua tradición, son eclécticas y en ese mismo sentido, conservadoras. Representan un reencuentro con las raíces perdidas. Tienen un contenido etnocéntrico e incluyen aspectos del Shinto, el Budismo, la ética confuciana, el taoísmo, el shamanismo y, en sus cimientos, de manera esencial, a elementos de la más antigua cosmogonía japonesa. Las que las que han alcanzado la mayor prominencia, aunque ciertamente sincréticas, se han apoyado fundamentalmente en el credo budista.

Ofrecen satisfacciones a la casi genética necesidad gregaria del japonés versus el individualismo burgués occidental; al sentimiento de pertenencia a una comunidad protectora y a la ausencia del vínculo con las religiones tradicionales y los templos locales que se fue perdiendo con la industrialización y urbanización; suministran una alternativa a la disolución de la familia extendida y representan una variante ética ante lacras que entraron con la sociedad burguesa, como la corrupción, la delincuencia juvenil, la indisciplina, el divorcio y el desvanecimiento de la lealtad, entre otras.

De alguna manera casi todas poseen un ángulo contestatario y reformador lo que tiene mucho que ver con la composición misma de su membresía que incluye a personas insatisfechas, provenientes de clases medias bajas, no favorecidas, poco cultivadas; muchas veces mujeres mayores o de mediana edad vinculadas a trabajos manuales. que no han tenido otras alternativas religiosas ni políticas (excepto la que ha ofrecido el movimiento comunista y de aquí, seguramente, la tradición anticomunista de muchas de estas religiones). Con los años pueden observarse ciertos cambios en esta situación, sobre todo en las religiones mas consolidadas.

Los fundadores de estas nuevas religiones en una proporción importante han sido mujeres, son adorados como deidades vivientes o como seres humanos capaces de ser poseídos por las deidades. En cualquier caso son efectivamente líderes carismáticos. Estas agrupaciones generalmente funcionan como familias encabezadas por un Mesías, el líder-dios o casi dios con poderes especiales en las que las ataduras confucianas desempeñan un papel importante. En todos los casos en que esta organizaciones dependieron de individuos privilegiados y no de principios doctrinarios y organizacionales, luego de la desaparición de los fundadores se ha observado inestabilidad y tendencia al fraccionamiento.

Son generalmente grupos militantes, autoritarios y centralizados que buscan continuamente incrementar el número de sus adeptos apoyándose en la gestión de los propios miembros y no en una clerecía. Para lograr mantener la influencia a pesar del concepto familiar de su organización, algunas establecen células organizativas diseminadas geográficamente que son capaces de llegar hasta remotos confines y trasladar los beneficios que ofrece el calor humano y el sentido de orientación de los encuentros grupales sistemáticos. Puede decirse que algunas descansan en principios organizativos semimilitares. Este es el caso de Aum Shinrikyo, que dio lugar a situaciones de manipulación extrema y peligrosamente antisocial, y de Soka Gakkai, poderoso grupo religioso en el que se presenta claramente un regreso a la tradición de intervención activa y cada vez más exitosa en los asuntos de la

política que culmina con la creación de Komeito (en la actualidad el importante Nuevo Komeito, parte de la coalición de gobierno).

Habría que concluir estas breves anotaciones afirmando que la acumulación de importantes acontecimientos en los años recientes alimentan cada vez más la inseguridad y las necesidades insatisfechas del pueblo japonés. La terminación de la Guerra Fría, la implantación de un mundo monopolar y el carácter conflictivo de la participación de Japón en la Guerra del Golfo en el pretendido camino hacia una política internacional más activa; la persistente recesión económica y la ruptura progresiva de lazos tradicionales empresa-trabajador y el incremento del desempleo; el fin de la estabilidad política y social de casi 40 años suministrada por el gobierno continuado del Partido Liberal Demócrata; el desastroso terremoto de Kobe que demostró que la tecnología japonesa no es infalible contra un fenómeno natural omnipresente y de tal importancia para el pueblo japonés y la propia agresión pública sin precedentes de la secta Aum Shinrikyo, son todos acontecimientos de la mayor importancia y, quizás con la excepción del fenómeno Aum, seguramente favorecen en determinados sectores de la población el interés por las nuevas religiones.

Por otra parte, súmase a lo anterior el hecho de que el mundo actual, incluyendo a Japón, está siendo sometido a ese fenómeno integrador y homogeneizante que se conoce como globalización y tiene una profunda incidencia, en muchos sentidos perniciosos, sobre los procesos culturales, la diversidad y la identidad nacional. El regreso generalizado de políticas neoliberales y sus consecuencias negativas sobre el empleo y la pérdida de poder de los gobiernos ante el predominio casi absoluto del mercado, la difusión de programas de televisión y de cine fuertemente cargados de códigos propios de una civilización empobrecida, rica en violencia, vicio, delincuencia y sexo; el control mayoritario de la internet por compañías transnacionales norteamericanas cuyo afán principal es vender; la reducción del hábito de lectura, la generalización de hipnóticos juegos computarizados y la edición de atractivas publicaciones de carácter y mensajes similares a los de los medios masivos de comunicación, son preocupaciones de todos los países y organizaciones culturales internacionales, que han tomado conciencia de lo que ello puede significar para la humanidad.

Ha de insistirse en que Japón, naturalmente, es destino de estas influencias que son precisamente del mismo signo que las de los procesos nacionales que describimos anteriormente y generan zozobra adicional.

Definitivamente, hay que reconocer que las nuevas religiones (aunque a veces también viciadas por los mensajes banales de la globalización) están más cerca de la cosmología aborigen japonesa, plena de creencias ingenuas y naturalistas y por eso pueden representar una alternativa espiritual espontánea y significativa para llenar el vacío dejado por la pérdida de valores que estos procesos originan, aún cuando agrupan a minorías del pueblo. De hecho, encuestas realizadas en los últimos años indican que existe un terreno fértil para el desarrollo en parte de la población de nuevas conductas caracterizadas por el interés de establecer comunicación con el más remoto pasado. Por ejemplo, el número de creyentes en lo irracional y sobrenatural, la adivinación y el papel de los oráculos ha crecido en las nuevas generaciones y, sobre todo, en las mujeres que son precisamente las que más tiempo tienen para cultivarse socialmente.

Estas tendencias podrían representar de alguna manera reacciones ante un proceso traumático donde los conflictos nacionales y una nueva fase de asimilación de lo foráneo se funden e inciden sobre la vida de los japoneses.

Aunque la historia no se desarrolla de manera cíclica y no habría que esperar la recurrencia de fenómenos tan drásticos de manipulación de conciencia como los que caracterizaron el periodo previo a la Segunda Guerra Mundial o aún antes, no puede olvidarse que las coyunturas nacionales e internacionales son cambiantes y capaces de provocar acontecimientos políticos, económicos y sociales inesperados.

Acudo a este comentario porque, especialmente en el caso de Japón, de acuerdo a como se desarrolle el futuro y considerando que hay un terreno fértil para ello, siempre estará latente la posibilidad de desencadenamiento de fenómenos socio-políticos más o menos localizados que puedan propiciar cambios súbitos en la conducta de sectores de la población en consonancia con una idea que la socióloga Chie Nakane adelantó en una de sus obras y a partir de la cual yo afirmaré que el vacío ideológico característico del japonés, ahora más presente que nunca, podría eventualmente ser llenado con ideas y propósitos nuevos, no siempre nobles, mediante la acción deliberada o no de estructuras jerárquicas, autoritarias y comunales, capaces de romper la inercia, iniciar movimientos y provocar giros bruscos e inesperados en la conducta del pueblo, de parte de él, o en la propia política nacional.

Bibliografía:

- Hrebenar. RONALD J., *The Japanese Party System*, Westview Press, San Francisco, 1992.
- Japanese Religion, A Survey by the Agency for Cultural Affairs*, Kodansha International, Tokyo and New York, 1990.
- KITAGAWA, JOSEPH M. *On Understanding Japanese Religion*, Princeton U.P, New Jersey, 1987.
- KITAGAWA, JOSEPH M. *Religion in Japanese History*, Columbia U.P., New York, 1990
- METRAUX DANIEL, *The Soka Gakkai Revolution*, Lanham, New York, London, 1994
- MITA MUNESUKE, *Psicología del Japón Moderno*, El Colegio de México, 1996.
- YAMAGUCHI HIROSHI, *Unification Church or Moonies*, Reikan Shobo, 1993
- SHUNYA YOSHIMI, “El Aum (la Verdad Suprema que llevamos dentro)”, *Cuadernos de Japón*, Vol. VIII, número 4, otoño, 1995.
- YAMAZAKI MASAKAZU, “Aum, una caricatura de la Sociedad Industrial”, *Cuadernos de Japón*, Vol. VIII, número 4, otoño, 1995.